

JULIE HEILAND

REINA DE CORAZONES

Diana, la novela

Traducción de María José Díez Pérez

 Planeta

Obra editada en colaboración con Editorial Planeta – España

Título original: *Diana. Königin der Herzen*

Julie Heiland

© Ullstein Buchverlage GmbH, Berlin. Published in 2021
by Ullstein Taschenbuch Verlag

© 2022, Traducción: María José Díez Pérez

© 2022, Editorial Planeta S.A. – Barcelona, España

Derechos reservados

© 2022, Editorial Planeta Mexicana, S.A. de C.V.

Bajo el sello editorial CROSSBOOKS M.R.
Avenida Presidente Masarik núm. 111,
Piso 2, Polanco V Sección, Miguel Hidalgo
C.P. 11560, Ciudad de México
www.planetadelibros.com.mx

Primera edición impresa en España: junio de 2022
ISBN: 978-84-08-25958-9

Primera edición en formato epub en México: agosto de 2022
ISBN: 978-607-07-9070-6

Primera edición impresa en México: agosto de 2022
ISBN: 978-607-07-9049-2

Canciones del interior:

pág. 128: *Empty Heart*, © 2002 ABKCO Music & Records Inc., Sony/ATV Music Publishing LLC, interpretada por The Rolling Stones

pág. 199: *Can't Take My Eyes off You*, © 1967 Bob Gaudio & Frankie Valli d/b/a The 4 Seasons Partnership by arrangement with Rhino Entertainment Company, a Warner Music Group Company, interpretada por Frankie Valli

pág. 295: *Rebel Rebel*, © 2004 Parlophone Records Ltd, a Warner Music Group Company, interpretada por David Bowie

pág. 381: *Here Comes the Sun*, © 1969 Harrisongs Ltd, interpretada por The Beatles

Aunque se basa en hechos reales, esta novela es una narración ficticia de la historia de Diana de Gales. No todas las escenas que se relatan sucedieron realmente. Algunos acontecimientos difieren de la realidad o son una adaptación de la autora. Asimismo, los diálogos, en su mayor parte, son una invención.

No se permite la reproducción total o parcial de este libro ni su incorporación a un sistema informático, ni su transmisión en cualquier forma o por cualquier medio, sea este electrónico, mecánico, por fotocopia, por grabación u otros métodos, sin el permiso previo y por escrito de los titulares del *copyright*.

La infracción de los derechos mencionados puede ser constitutiva de delito contra la propiedad intelectual (Arts. 229 y siguientes de la Ley Federal de Derechos de Autor y Arts. 424 y siguientes del Código Penal).

Si necesita fotocopiar o escanear algún fragmento de esta obra diríjase al CeMPro (Centro Mexicano de Protección y Fomento de los Derechos de Autor, <http://www.cempro.org.mx>).

Impreso en los talleres de Litográfica Ingramex, S.A. de C.V.
Centeno núm. 162, colonia Granjas Esmeralda, Ciudad de México
Impreso en México –*Printed in Mexico*

PRIMERA PARTE

1977

—Puede fiarse de mí —aseguró él.

Una única frase y todo un mundo detrás.

Llegó un sábado por la mañana. Sarah había anunciado su visita a los cuatro vientos.

—No te acerques a él —le ordenó su hermana—. Date por satisfecha con que puedas unirme a nosotros en la cena. Y ¿se puede saber de qué vas vestida?

Diana llevaba unas medias blancas tupidas con un maillot negro y un pañuelo de seda ligero como una pluma. La ropa de ballet.

Habría dado cualquier cosa por salir a cabalgar con el príncipe y su hermana. Incluso había suplicado. Pero con ello solo había conseguido confirmarle a Sarah que su hermana pequeña era demasiado infantil para el príncipe. De manera que Diana cocinó una generosa cantidad de natillas para ella y el servicio, y se las comió en la cama mientras leía ensimismada una novela rosa de Barbara Cartland.

«Había tanta ternura en su voz que ella apoyó el rostro en su hombro... Entonces él dijo: “Esta noche, querida mía, aún eres una niña, no una mujer, y por eso me gustaría ser para ti el príncipe de tu corazón, igual que tú eres la reina del mío”. “Te

amo”, musitó ella, y acomodó su cabeza en las mullidas almohadas».

Diana se tumbó boca arriba, dejó *La novia del rey* sobre el vientre y se puso una mano detrás de la cabeza. «Debe de ser maravilloso ser princesa —dijo lanzando un suspiro—. ¿No te parece, señorita Harmony?»

La señorita Harmony era un conejillo de Indias de color rosa que formaba parte de la nutrida familia de peluches de Diana, que casi ocupaba toda la cabecera de la cama.

En las novelas de Barbara Cartland la vida siempre era fácil. Las heroínas eran beldades que estaban un tanto solas, pero entonces conocían al amor de su vida, florecían y, tras algunos altibajos, ambos terminaban juntos y eran felices hasta el fin de sus días.

¿Acaso su vida no se parecía un poco a una de esas telenovelas? O ¿quizá más bien a un cuento triste?

De pronto se escuchó en el pasillo la estridente voz de Raine: «¡Haga el favor de tener más cuidado! Esa es una cómoda de la época georgiana. ¿Tiene idea de lo que vale?».

Raine, la malvada madrastra que reñía al servicio. Y Diana era Cenicienta, una chica de dieciséis años que en realidad tendría que haber sido un chico. Después de dos hijas, la familia Spencer deseaba fervientemente un varón, pero fue Diana la que vino al mundo. Una amarga decepción. Eso fue algo que ni siquiera logró compensar Charles, su hermano pequeño, que nació tres años después. De manera que cuatro años más tarde sus padres se separaron.

Diana se levantó de la cama y miró por la ventana con aire pensativo. «De película», solía decir entusiasmado su padre cuando, al salir a cabalgar, dejaba vagar la vista por el vasto y ondulado paisaje rural. Con la luz otoñal los árboles adquirían una tonalidad rojiza y amarilla. Solo se veían casitas y ovejas en kilómetros a la redonda.

«Ah, y también se puede llevar ese cuadro espantoso para la subasta».

Desde que el padre de Diana se había casado el año anterior con Raine, esta se las daba de dueña y señora de Althorp House. Malvendía en subastas todo lo que caía en sus manos. Sustituía muebles que pertenecían a la familia Spencer desde hacía generaciones por otros brillantes de dudoso gusto. Diana no podía ver a Raine, aunque era hija de Barbara Cartland, su escritora preferida. ¿Cómo había podido su padre hacerles eso a sus hijos? ¿Casarse en secreto con esa mujer estafalaria y ridícula?

Ahí estaba de nuevo, esa sensación... Como si un frío puño de hierro le atenazase el corazón. Como si no acabase de encontrar su sitio en el mundo. Los luminosos colores otoñales desaparecieron tras la neblina gris que se levantó de los campos medio helados, y el palacio del siglo XVI, con sus 121 habitaciones, se le antojó de una magnitud abrumadora, como una isla solitaria en medio de la nada.

Siempre que la asaltaba esa sensación, Diana se ponía a bailar. Porque, al bailar, se liberaba de todo ese lastre. Y olvidaba a Raine, olvidaba las malas calificaciones del internado, olvidaba incluso que Sarah le había prohibido salir de su habitación bajo pena de muerte. En el interminable pasillo hacía piruetas y, de pura alegría, sacaba la lengua a sus antepasados, que le dirigían miradas severas desde los cuadros. Frances, su madre, nunca se había sentido a gusto en Althorp House, como había confesado en una ocasión a Diana. «Esa casa es como un museo cuando finaliza el horario de apertura», decía.

Su lugar favorito para bailar era Wootton Hall, el impresionante salón de techos altos, cuyo suelo de baldosas blancas y negras recordaba a un tablero de ajedrez. Y le gustaba bailar sobre todo tap, porque el ruido que hacía volvía loca a Raine.

El ronroneo de un motor la hizo parar. Diana se asomó a la ventana ligeramente sin aliento. Dos coches se detuvieron en la entrada: un Jaguar negro y un elegante deportivo. ÉL se bajó.

Diana seguía regularmente en televisión, admirada, sus audaces aventuras en las pistas de esquí, sus saltos en paracaídas y sus triunfos en el polo.

Una fotografía de él colgaba en su habitación del internado, sobre el tocador.

El que probablemente fuera el soltero más codiciado del mundo se estaba bajando del coche delante de la casa de sus padres.

Sarah lo saludó con una coqueta reverencia. «Alteza».

Estaba guapa con su ceñido pantalón de montar y el saco que realzaba su figura, que a decir verdad era demasiado fina para el mes en que estaban, noviembre. Por fin volvía a sentirse mejor. Hacía dos años la había abandonado su novio de manera inesperada y desde entonces apenas comía. Pero ahora volvía a sentirse lo bastante segura para invitar al príncipe de Gales a una partida de caza en la finca de la familia.

Sarah hizo entrar al príncipe y Diana salió sin hacer ruido a la galería contigua.

«Espere en el vestíbulo, por favor —oyó que decía Sarah—. Diré al mozo de cuadra que ensille los caballos».

En lugar de retirarse a su habitación, como le había prometido a su hermana, Diana echó un vistazo. El príncipe ejercía una fuerza de atracción mágica en ella.

Con su chamarra de *tweed*, tenía un aire de hidalgo rural del siglo pasado. Contemplaba con interés los cuadros que adornaban la pared de suelo a techo, todos los cuales mostraban lo mismo: la caza del zorro. Centró su atención en la siguiente obra de arte, de forma que Diana solo le veía el perfil. Sabía que debía irse volando ya, pero no era capaz de hacerlo. Algo en él

la retenía. Tal y como estaba, con una mano a la espalda, ante el soberbio óleo en el que un jinete perseguía a un zorro, parecía en cierto modo... solo. Perdido. Incluso triste.

De repente, como si intuyese la presencia de Diana, se volteó hacia ella y la vio.

Como la mirada de sus ojos azules le llegó al alma, como no sabía qué decir y como Sarah la mataría, lo único que se le ocurrió fue salir corriendo. Subió a toda prisa la escalera revestida con una ancha alfombra roja, cuyos escalones crujían más que nunca.

Quizá Diana hubiese podido escapar si se hubiera dado más prisa.

Pero entonces la voz de él la frenó. Una voz que ya había oído cientos de veces en televisión o en el radio, pero que allí y en ese momento parecía mucho más emocionante todavía, aunque solo pronunciara una palabra:

—Hola.

—Solo soy yo —contestó ella—. Diana. La hermana pequeña de Sarah. —No se atrevía a mirarlo, así que bajó la vista a sus zapatillas de ballet; al menos hasta que recordó sobresaltada que ante un miembro de la familia real debía hacer una reverencia—. Alteza. —Él esbozó una sonrisa—. Por favor, haga como si yo no estuviera.

—¿Por qué iba a hacer tal cosa? —preguntó él.

—No se lo puedo decir —replicó ella ladeando ligeramente la cabeza.

—¿Aunque a cambio le devuelva el pañuelo?

Diana se llevó las manos al cuello sin necesidad, porque él sostenía el pañuelo. Quizá incluso lo hubiera perdido intencionadamente, pero eso, como es natural, no lo admitiría nunca.

—¿Y bien? —inquirió él.

—Si se lo cuento, ¿me promete que será nuestro secreto?

—Puede confiar en mí. —Y de pronto su mirada ya no era solitaria y triste, sino tentadora como una pradera rebosante de flores en primavera, en cuya mullida hierba se podía dejar caer uno. Su voz cálida y su mirada transparente la tranquilizaron, de forma que su timidez se esfumó.

—Mi hermana me hizo jurar que no me dejaría ver en todo el día —confesó—. Temía que pudiera espantarlo.

—¿Cómo podría hacer tal cosa? —se sorprendió él.

—Practicando ballet en la galería, por ejemplo. Pero me gusta bailar aquí. O en el vestíbulo. O fuera, en los muros. —A modo de prueba hizo una pirueta que lo hizo reír—. ¿A usted le gusta bailar, señor?

—Cuando oigo música rítmica, me cuesta contenerme —respondió—. Pero por desgracia no me puedo permitir bailar en muros.

—Debería probarlo alguna vez. Es estupendo.

Se miraron y de repente Diana fue consciente de todos sus puntos débiles. Lo infantil que le debía de parecer con las medias y el maillot, con las mejillas rojas.

—Ensayo para una función en el internado —se apresuró a aclarar—. Vamos a representar una obra de Shakespeare.

—Shakespeare es uno de mis dramaturgos preferidos. Y hacer teatro también me ha gustado siempre.

—¿De verdad?

De repente él arqueó la espalda e hizo una mueca horripilante.

—«Y por tanto, puesto que no puedo mostrarme amador, para entretenerme en estos días bien hablados, estoy decidido a mostrarme un canalla» —citó, y a modo de explicación añadió risueño—: En una ocasión encarné en una función escolar al duque de Gloucester, el deforme sucesor al trono del siglo xv. Quizá debiera darme que pensar que el director me asignara ese papel.

Diana, fascinada a más no poder al ver que era capaz de reírse de sí mismo, se tapó la boca con la mano para ocultar la risa.

—¿Qué obra va a interpretar? —se interesó él.

—*Romeo y Julieta*.

—Y seguro que usted hace de Julieta.

¿La estaba lisonjeando? ¿O solo estaba siendo educado? Diana no tenía experiencia con los hombres, pero sentía mariposas en el estómago y las piernas le flaqueaban.

—No, no me gusta estar en primer plano —admitió—. Solo participo en las obras si no tengo que recitar ningún texto. Lo admiro a usted por el aplomo que muestra en público. Siempre parece seguro de sí mismo y tranquilo, como si no le tuviera miedo a nada. —Diana recordó el salto en paracaídas, los arriesgados descensos de pistas y su carrera de jugador de polo. Era la combinación perfecta de príncipe y héroe de acción.

—Bueno, el miedo es lo que limita. Y cuando se ha crecido rodeado del alboroto mediático, no se conoce otra cosa —contestó con modestia. Acto seguido miró a su alrededor—. Pero, dígame, ¿es esta la famosa galería de Althorp House de la que todos hablan maravillas?

Diana asintió.

Carlos subió dos escalones y le dio el pañuelo de seda. Pero cuando Diana lo iba a tomar, él lo retuvo.

—¿Le gustaría enseñarme la galería después de cenar?

«Con mucho gusto», le habría contestado ella, pero no llegó a hacerlo, ya que de pronto vio que su hermana estaba en la habitación. ¿Cómo era posible que Diana no la hubiera oído llegar, con el ruido que hacían las botas de montar en el suelo?

—Conque aquí está, señor. Los caballos... —La sonrisa de Sarah desapareció al ver a Diana—. Podría haberlo imaginado. —Dirigiéndose al príncipe añadió—: Disculpe si mi hermana pequeña lo ha importunado. A veces no sabe dónde están los

límites. Se cree que es mejor que los demás, por eso la llamamos la Duquesa.

—No me creo mejor que los demás.

—¿No querías ir a tu habitación a leer una de esas novelas de amor?

Diana idolatraba a su hermana, y al mismo tiempo la respetaba profundamente. Por eso se sorprendió a sí misma cuando alzó la barbilla con orgullo y afirmó:

—El príncipe me ha pedido que le enseñe la galería.

El domingo por la noche, cuando subió la escalera que conducía a su habitación en el internado femenino West Heath, en el condado de Kent, Diana tenía la ligera sensación de que flotaba.

«Si el número de escalones es par, es que el príncipe Carlos está pensando en mí».

¿O al final todo había sido un sueño?

Veintidós escalones. Diana sonrió.

Entró en la habitación sin llamar. Carolyn estaba sentada en la cama con las piernas cruzadas, rodeada de dulces.

—Tres tabletas de chocolate, una bolsa de ositos de gomita y dos cajas de estos bombones que están muy buenos —enumeró.

—¿Se puede saber qué estás haciendo? —La sonrisa de Diana se ensanchó más aún.

—Se podría llamar inventario. Si los bombones caros me los ha regalado mi madre, ¿significa eso que me quiere más que mi padre? —Carolyn hizo como si pensara seriamente en ello y después abrió la bolsa de gomitas—. O mis padres me quieren engordar o creen de verdad que la batalla que están librando por el divorcio no me afectará si como suficiente chocolate.

Tal vez solo fuera una casualidad que Carolyn compartiese habitación con Diana, pero quizá fuera también que algún pedagogo pensara que se llevarían bien al ser las únicas hijas de

padres divorciados del internado. Desde que era amiga de Carolyn, Diana no se sentía como una extraterrestre entre sus compañeras. Carolyn conocía la sensación de estar siempre entre dos frentes; sus padres la colmaban de regalos, como si de esa forma pudieran comprar el amor de su hija.

—Sin embargo, la pregunta de por qué sonrías de oreja a oreja es mucho más importante —añadió Carolyn mientras miraba a Diana entrecerrando los ojos, como si tratase de leerle el pensamiento.

—¡Lo he conocido! —exclamó Diana, y dio una vuelta mientras lanzaba la bolsita de mano a la cama—. Por fin lo he conocido.

Carolyn abrió los ojos muy grandes.

—¿Cómo? ¡Cuéntamelo todo!

Su mirada recayó en la fotografía que las amigas habían recortado de una revista una noche después de atiborrarse de azúcar y habían pegado sobre el tocador blanco lacado. Era una foto del orgulloso príncipe Carlos después de un partido de polo galopando sobre un caballo, el taco en alto como una lanza; una instantánea que tenía una fuerza extraordinaria, masculina y heroica. Debajo se veían dos fotos enmarcadas de los hámsteres de Diana, Little Black Muff y Little Black Puff.

Carolyn casi no se lo podía creer.

—¿De verdad has conocido al príncipe Carlos?

—Sí, por fin. Estaba enfrente de mí. —Diana se sentó con Carolyn en la cama, que, con su floreado armazón blanco, no podía ser más añorada. Las cortinas, la ropa de cama, incluso el papel pintado, todo era de flores. «Cuidamos de sus hijas», prometía a los padres el mobiliario del internado femenino West Heath, «aquí no se escucha rock and roll, aquí las faldas aún llegan por debajo de la rodilla y aquí las chicas aprenden a preparar un *cordon bleu* jugoso para su futuro marido»—. Y en la

cena nos sentamos a la misma mesa. Respiramos el mismo aire. El príncipe... Ni siquiera puedo describir lo estupendo que fue. Irradiaba una luz especial, vamos.

—Yo te puedo decir exactamente lo que irradia —replicó Carolyn con sequedad—: Que es el futuro rey de Gran Bretaña.

—No es eso... —porfió Diana—. En persona es mucho más impresionante aún que en las fotografías de los periódicos y las revistas. Todo en él es impresionante, la verdad.

—¿Hasta sus orejas salientes?

—Son unas orejas salientes perfectas —repuso Diana profiriendo un suspiro mientras Carolyn le pasaba la bolsita de gomitas.

—Vamos a empezar por el principio. A ver, ¿dónde lo conociste? —quiso saber Carolyn, que se había levantado de un salto de la cama y se había metido debajo.

Diana le contó a su amiga que Sarah había invitado al príncipe a un fin de semana de cacería.

—Quería que yo le enseñara la galería, pero Sarah me arruinó el plan. Dijo que era su invitado, así que ella le enseñaría la galería.

—¿Y tú se lo permitiste?

—¿Qué querías que hiciera? Pero no me pude callar y le dije a mi hermana: «Por lo menos deja que te enseñe dónde está el interruptor de la luz».

Diana oyó que Carolyn se reía debajo de la cama.

—Le está bien empleado. Pero no te preocupes. Seguro que Sarah tiene miedo de que el príncipe pueda acabar interesándose en ti. Sabe perfectamente lo guapa que eres. Dentro de nada volverás locos a todos los hombres.

Diana se irguió en la cama, ladeó la cabeza y se miró en el espejo. En comparación con sus bellas, talentosas y divertidas hermanas se sentía el patito feo.

—No pongas esa cara. —Carolyn salió de debajo de la cama con un montón de revistas que guardaba allí—. Mírate bien. Tus ojos azules derriten corazones. Por Dios, lo que yo daría por tener esa piel aterciopelada. Y siempre tienes las mejillas sonrosadas, como si acabaras de venir de dar un paseo. —Se metió debajo por segunda vez suspirando—. ¿Los espíaste al menos cuando Sarah le enseñaba la galería?

Diana no pudo evitar sonreír.

—¡Claro! Ay, Carolyn... El príncipe es tan culto. Conocía a todos los pintores de la galería. Sabía qué cuadro era del tal... Van Dyck o como se llame.

—Cómo no lo va a saber, si te lleva trece años. Mi padre también sabe un montón de cosas.

—Pero en comparación con él soy más tonta que una mata de habas. Mis calificaciones son pésimas.

Diana no era tan trabajadora como su hermana Jane ni tan aplicada como Sarah. En lugar de pasar los días en la sofocante aula, prefería ir con el internado a colaborar en Darenth Park, un hospital para disminuidos psíquicos y físicos.

Carolyn puso otro montón de revistas en la cama y dirigió una mirada expresiva a Diana.

—Que tus calificaciones sean malas no significa que seas tonta. Lo que pasa es que eres vaga. En cambio, has ganado varias copas en natación y tap.

—¿Qué importancia tiene eso?

—¡Mucha! Significa que cuando algo te interesa puedes ser muy ambiciosa. Además, no conozco a nadie que sepa tratar a las personas como tú. —Carolyn se sentó en un extremo de la cama, agarró una de las revistas y empezó a pasar páginas como si buscara algo concreto—. Entonces ¿están juntos Sarah y el príncipe?

La sonrisa de ensoñación de Diana desapareció.

—No lo sé. No lo parecía. Aunque estuvieron flirteando, no parecían enamorados. Sobre todo Carlos. Más bien parecía...

—Diana se encogió de hombros— triste.

—¿Triste? Desde luego el príncipe Carlos no es de los que dejan pasar una oportunidad. ¿Acaso no hace mucho lord Mountbatten, su queridísimo tío abuelo, no dijo en una entrevista que su sobrino a lo único que se dedicaba era a ir de cama en cama?

—Aunque sea así, los hombres pueden cambiar —afirmó Diana con poco entusiasmo, ya que lo cierto es que no sabía absolutamente nada de los hombres—. Por cierto, ¿se puede saber qué estás haciendo?

—Ir un paso por delante de ti, me estoy documentando —farfulló Carolyn, que seguía hojeando la revista sumamente concentrada y pasando por alto titulares como «El escándalo envuelve a los Rolling Stones: Keith Richards detenido por posesión de drogas» o «*Mamma mia!* ABBA levanta pasiones en su gira internacional». A veces, cuando las tardes se hacían largas en el internado, Diana y Carolyn se metían juntas en una de las camas a leer revistas del corazón—. Sabía que llegaría el día en que me alegraría de haberlas guardado. Es que está esa... ¿Cómo se llama?

—¿Fiona Watson? —apuntó Diana.

—No... Esa era tonta perdida y dejó que publicaran en una de esas revistas para hombres un reportaje de fotos suyas subidas de tono.

—Es verdad. ¿Y la princesa de Luxemburgo?

—Olvídalo. Es católica. Con esa no se puede casar, no lo permite la ley. La novia tiene que ser protestante. ¡Aquí! —Carolyn señaló una foto del príncipe con equipación de polo y una belleza sobria delante de un árbol con iniciales grabadas en el tronco. Por lo visto la mujer no concedía mucha importancia a la moda, llevaba una sencilla camisa roja y tenía las manos metidas en los bolsillos del pantalón—. Camilla Parker-Bowles —dijo Carolyn.

—Son solo amigos —afirmó Diana—. ¿No está casada? Creo que hasta tiene hijos.

—Ya, ¿y? No olvides que Eduardo VII, tío de Carlos, se empecinó con una mujer casada y sumió a la casa real en una crisis grave. Además, no es ningún secreto que ni el marido de Camilla ni ella misma se toman muy en serio lo de la fidelidad. Y por lo visto ese ha sido el problema desde el principio: Camilla ya tiene experiencia y se ha desfogado, pero la Corona quiere para Carlos una chica que no solo sea joven y guapa, sino también protestante, de cuna ilustre y más virgen que la Virgen María. Le da absolutamente lo mismo que estemos en 1977, que las mujeres no lleven brasier y se pasen las noches bailando en conciertos de los Rolling Stones. La Corona busca una princesa de cuento para el sucesor al trono.

Diana volvió a mirarse al espejo.